

PRÓLOGO

en Valderredible habita
la bruja de las montañas,
manda en las sombras del cielo,
somete el ímpetu de las aguas
y domina el alma del fuego

El atardecer vestía de tonos sombríos las nubes colmadas de agua que se desplazaban hacia el este. Dos hombres a caballo seguían esa misma dirección, sus rostros ceñudos y mohínos como los presagios de ese cielo amenazador.

Los pensamientos del más alto eran fuego ante el viento de la ira; expulsados de la tierra de sus ancestros por el conde de la comarca de Galicia, habían tenido que huir como perros para salvar la vida. No recibieron ninguna ayuda de sus vecinos suevos y eso jamás se olvida. Qué pensaría su padre desde la tumba ante tamaña vejación. Al cavilarlo, el alma le dolió como jamás había sentido en su efímera existencia.

Tan enfrascado estaba, que el otro jinete tuvo que repetir con obstinación un gesto de quietud: algo había oído fuera de lo normal, entre la espesura del bosque que cruzaban.

En silencio sosegaron a sus monturas, para después avanzar con extremada cautela al paso. Tras unos momentos, vislumbraron a un grupo; se preparaban para vivaquear antes de salvar los puertos de montaña. No eran más de docena y media con dos carros tapados. Por sus ademanes y vestimentas, discernieron que la mayoría eran de origen bereber, pues ante la luz que menguaba se pusieron a orar hacia el este, hincados

de rodillas sobre pequeñas esteras y con la cabeza agachada. Se fijaron que seis de ellos iban bien armados. De los carros bajaron tres cuerpos femeninos y algunos ladinos que parecían mercaderes. Los dos jinetes solo necesitaron mirarse un instante para comprender lo que pensaban uno y otro. Esperaron a que terminaran de rezar y entonces, haciendo ruido a sabiendas y al trote, avanzaron con resolución hacia el grupo.

—Dios os guarde, amigos —pronunció el más alto al llegar, mientras inclinaba el mentón como afable saludo. Algunos hombres aprestaron sus armas ante la llegada de los dos desconocidos, pero el gesto de ambos elevando las palmas de sus manos, a la par que sus espadas permanecían enfundadas, tranquilizó sus ánimos—. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Vamos hacia el sur —fue la escueta respuesta del ladino más decano—. ¿Y vosotros?

—Habíamos salido temprano de caza. Seguimos las huellas de un oso de buen tamaño, pero a media tarde perdimos su rastro entre la densa foresta. ¿Podemos acompañaros esta noche? —preguntó a continuación—. Las montañas no suelen ser seguras al irse el sol —y sonrió de una forma tan cordial, que el ladino claudicó; con un gesto del mentón, asintió.

Al calor de la lumbre surgieron las revelaciones, relajada la suspicacia inicial ante seres desconocidos;

—Estas tierras ya no nos acogen —reveló el decano, después de calmar su apetito con tortas de centeno y carne seca—. Soplan malos vientos desde el este.

Como respuesta, el alto se aproximó más a su lado, pero sin sentarse, mientras el otro forastero, aduciendo que necesitaba aliviar la vejiga, se retiró tras unas densas malezas algo apartadas.

—Entre aquellas montañas se han rebelado tribus hostiles que no dudarán en expandirse a sangre y fuego hacia aquí. Ya no es lugar para asentarse y crear una prosperidad donde las siguientes generaciones puedan mejorar.

—¿Y eso por qué? —inquirió ahora el extranjero en tono distendido.

—Los hijos de esos montañeses medrarán y cuando pueblen los valles más próximos, desearán los siguientes y luego los más lejanos. Si no los consiguen de palabra, utilizarán la espada. Así ha sido siempre y así será en los siglos venideros —exclamó con algo de pesadumbre.

—Demostrarás sabiduría con esas reflexiones.

—Son muchos los años vividos y estos ojos han visto demasiada iniquidad.

El desconocido lo miró por un instante y mientras chasqueaba los labios, desenvainó con rapidez el acero.

—No la suficiente, anciano —pronunció, mientras le hería en la cabeza con la espada plana y el ímpetu medido. El hombre perdió la conciencia mientras se derrumbaba.

Sin que los demás se hubieran dado cuenta, el otro forastero ya estaba sobre los bereberes armados. Tras escuchar el chasquido del alto, los atacó de manera precisa y resuelta; al primero lo atravesó con el cuchillo largo, al siguiente su espada le partió el cráneo y lanzando una daga a un tercero, perforó su cuello. Todo en menos de lo que duraba un suspiro femenino y sin decir palabra. Los otros tres que aún permanecían vivos, se vieron rodeados por los dos desconocidos, que ahora ya no sonreían.

—Todas vuestras armas las quiero a mis pies —ordenó el más alto, con un tono de voz que implicaba ser obedecido—. Dagas, arcos, lanzas, cuchillos y espadas, ¡ahora!

Los soldados supervivientes soltaron todo el hierro que llevaban, mientras la más madura de las mujeres, arrodillándose junto al ladino decano, observó la liviandad de su herida y procedió a curarla.

El de la voz cantante se aproximó hacia donde estaban sentadas las otras dos hembras, apreciando que eran doncellas. Sonrió de nuevo:

—Tú me servirás a mí —exclamó, dirigiéndose a la más cercana y por ende, la más hermosa, que involuntariamente echó hacia atrás su cuerpo.

Entonces el hombre se abalanzó hacia ella y cogiéndola por el brazo derecho la obligó a levantarse. Acercó su rostro al de la joven. Respiró la esencia de su pelo y absorbió el miedo que emanaba de su piel. Pero no fue consciente de la resolución femenina que le aguardaba: la mujer empuñaba un afilado estilete que por un instante brilló azulado ante una luna llena que se alzó entre las nubes. Lo impulsó con rabia para herir el cuello ajeno. Se apartó el hombre lo suficiente para que no se lo ensartara, pero si hirió su piel, de donde resbaló un hilillo de sangre.

Al notar la llaga, sonrió el hombre de tal siniestra forma, que la mujer perdió su brío.

—Solo espero que esa hoja no estuviera envenenada —manifestó, mientras le clavaba el cuchillo largo, justo entre sus costillas, hasta que encontró su alterado corazón. Lo atravesó con la intención de arrebatarle la vida. Cuando el cuerpo de la joven se volvió laxo, dejó de sujetarlo mientras retiraba el cuchillo enrojecido. Se volvió hacia la otra.

—¿Tú también escondes una sorpresa parecida?

Con los ojos desorbitados, la otra pobre solo pudo negar con la cabeza, seca su garganta por el terror que ese hombre le infundía.

—¡Atentos todos! —exclamó a viva voz el hombre de nuevo—. A partir de ahora nos serviréis a mi hermano y a mí. El que desista, que lo diga de inmediato. Lo dejaremos libre.

Con algo de indecisión, un joven ladino se levantó, mirando a su alrededor.

—¡No, Yigal! —profirió la mujer madura junto al decano—. ¡Vuelve abajo que te van a...!

Pero no pudo terminar la frase, pues el forastero silencioso ya le había arrojado a Yigal su *francisca*, un hacha menuda típica de su raza,

la cual se clavó en su pecho con tan seco sonido, que rompió el hilo de su alma. Cayó como un fardo, entre los quedos lamentos de sus allegados.

—¿Alguien más? —insistió el hombre, recibiendo como respuesta el más sonoro silencio. Hasta el mismo bosque se quedó mudo.

—Bien —sentenció—. Ahora que estamos todos de acuerdo, os concedo esta noche de reposo. Mi hermano y yo haremos todas las guardias. Podéis dormir sin miedo —y dirigiéndose a los tres soldados—, vosotros, enterrad todos esos cuerpos antes de descansar, ¡jea!

Luego se dirigió a la pareja de ladinos, pues el hombre había recuperado la conciencia.

—A ti te he respetado la vida a pesar de tu pésima demostración de sabiduría —dijo, mientras se agachaba un poco hacia ellos—. Te aconsejo que aprendas algo más sobre la condición humana. Pero mi instinto me dice que en un futuro tus conocimientos pueden ser de utilidad. Sírveme bien y serás recompensado.

—¿Como mi sobrino al que acabas de asesinar? —alegó con furor el anciano.

El hombre lo taladró con la mirada.

—Él se lo ha buscado —aseveró con tono medido—, el asunto queda zanjado. Mejor preocúpate de los vivos. Te hago responsable del resto. Si alguno de ellos me traiciona, tú caerás con él y tu mujer también.

Al ver cómo mudaba la expresión de ambos, se sintió satisfecho.

En ese instante se acercó su hermano.

—¿Por qué les perdonas la vida, Alfonso? —inquirió, mientras limpiaba su espada.

—Se me ha ocurrido una idea —explicó, mientras cogía una torta del ladrino y la masticaba—, ¿recuerdas que este hombre mencionó antes que, hacia el este, unas tribus se han rebelado con éxito contra los musulimes?

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

Alfonso suspiró con infinita paciencia:

—Con el acero eres inigualable, Fruela, pero la mollera tienes que ejercitárla más, aunque te duela. Esos rebeldes serán unos ignorantes campesinos, o en el mejor de los casos ganaderos que solo saben de ubres y de quesos. Si llegamos a sus feudos con esclavos y siervos, seremos reconocidos como grandes señores y la mitad del recorrido para ser sus nuevos amos, estará hecho. ¿Lo comprendes ahora?

Al fin el otro dibujó en su rostro una mueca desagradable que intentaba ser una sonrisa.

—Claro, Alfonso —expresó—, tú eres el guapo y el simpático.

—Y tú la raspa del pez, esa que hiere y se atraviesa en la garganta.

Los dos rieron con buen tono hasta que Alfonso, girándose, se percató de la mirada de odio de la joven musulmana.

—Tú, mujer —espetó— dime tu nombre.

—Sisalda —contestó, con una voz que no pudo reprimir el asco que le profesaba.

Al momento Alfonso la abofeteó.

—Sisalda, mi señor —corrigió este— que no se te olvide nunca.

Y dirigiéndose a su hermano:

—Lo siento, chico, otra vez que te quedas sin hembra.

Carcajeándose con sonoridad, cogió a la joven del brazo y se la llevó más allá del brezo, con la intención de solazarse con sus carnes.

—Siempre que desnudo mi acero, me entran ganas de deleitarme —y se rio de su propia gracia.

Corría el año setecientos veinticinco de la era cristiana y esa noche, nadie en ese bosque pudo conciliar el sueño.

Mucho menos Sisalda, pues tras ser mancillada, no pudo dejar de sollozar. Hasta que la luz del sol devoró a las sombras del firmamento sin ninguna piedad.